



Dn Julio Dn Julio



La presente carta fue escrita en circunstancias peculiares. El periodista Carlos Alberto Cornejo, que ha vivido durante los últimos 12 años en Madrid y que formó parte del equipo de la Revista del Domingo, fundada por Julio Lanzarotti en 1956, se encontraba de paso por Santiago a raíz de la publicación de su libro "Juan Pablo II o el valor de la vida humana" (Ed. Andrés Bello), cuando se enteró de la presencia en Chile y enfermedad de Lanzarotti, quien había vuelto de Venezuela hacía tres meses. Lo visitó en la clínica pero no le fue posible verlo. Como nadie suponía que el fin de Lanzarotti sería tan rápido, creyó que podría verlo a la vuelta de una gira de conferencias a Concepción y otras ciudades del sur. La noche antes de embarcarse, al enterarse de la muerte de su amigo, ya no le era posible cancelar el vuelo y sus charlas.

Esa noche, antes de partir, sabiendo que no podría asistir al sepelio al día siguiente, entre sueños e insomnios, escribió esta carta, carta abierta a "Don Julio-don Julio", como llamaban a Lanzarotti los colaboradores de su revista, carta abierta a todos y cualesquiera de quienes recordará a ese maestro de periodistas que fue Julio Lanzarotti.

N. de la R.

CARTA A DON JULIO —DON JULIO—

Sgo., 1º de agosto de 1984

Don Julio-don Julio:

Me va a perdonar que le escriba esta carta, precisamente a Ud. que llegué a conocerlo a raíz de otra que dirigí a las "CARTAS A LA REDACCION" de la Revista del Domingo y usted se lo tomó tan a mal. Yo le comentaba un asunto sobre los hippies y el pelo largo y Ud. me llamó por teléfono diciéndome que como se me ocurría "escribir cartas a un diario, cuando Ud. es un periodista en ejercicio y los periodistas no escriben cartas sino artículos"; esto resultó después ser su manera —tan suya y personal— de invitarme a colaborar en lo que fue el primer suplemento dominical de línea moderna del periodismo

nacional, Revista del Domingo de El Mercurio, algo enteramente novedoso, siempre "al día", con tipografía recién estrenada, imprenta en offset y en colores y con un crucigrama inmenso que no traía palabras, sino fotos. Así me permitió ingresar en un mundo flamante y en construcción, allá por el 68, año de tantas protestas y promesas que, en ese tiempo, creíamos era el anuncio de mucha cosa nueva.

Me va a perdonar entonces que le escriba esta carta, pero no hago más que seguir sus enseñanzas: justo hoy en que Ud. emprende su viaje, yo tengo una misión profesional que cumplir (una misión profesional es asunto impostergable) y por eso no podré acompañarlo en el aeropuerto de partida... Además, ¿cómo decir en alguna parte estas cosas, sino en una carta? Usted tampoco habría permitido que

le dedicara un artículo. Según sus normas, los periodistas están para comunicar noticias y no para ser temas de ellas.

Yo no pierdo la esperanza de volver a encontrarnos de algún modo, aunque no creo, en el fondo, que me haya separado mucho de usted y su recuerdo desde ese primer día. Yo iba un poco ajustado ante la idea de enfrentarme a ese nombre para mi legionario del periodismo, Julio Lanzarotti, responsable de los tiempos serenos de la revista "Encicla", y lo vine a encontrar parapetado tras su escritorio, envuelto en un chal para capear el frío después de tantas horas sentado, en la mano un lápiz para corregir cuartillas y con unas gafas muy raras que tenían una especie de collar en la nuca para que no se le cayeran si hacía un movimiento brusco. Me devolvió mi carta, y me propuso que la reescribiera. Me dijo que podía hacerlo en mi casa pero también me ofreció una Underwood arrinconada en su despacho en una mesita con ruedas; pero eso fue puro juego: tuve que reescribir cinco veces mis primitivos apuntes, antes de que usted los corrigiera, cortando dos páginas completas y cambiándome el orden de cuatro párrafos. Y ese fue apenas el comienzo.

Usted me enseñó que era más importante verificar datos, nombres y las citas escogidas; y que si un artículo podía aguantar hasta la próxima semana antes de publicarse, a lo mejor también lograría sobrevivir al día de su publicación, y resultar legible la quincena próxima o quizás tres meses más tarde, librándose de la condena del periodismo de vivir más allá de las 24 horas del diario cotidiano.

Como propuesta laboral no parecía muy atractiva, pero al ver que en la revista todos se sometían a su fiera y que lo trataban con gran respeto aunque usted jamás levantó la voz a nadie (y sí, infinitas veces, tachó militares de lianes), nadie protestaba, y como si no les bastara con llamarlo "Don Julio", lo llamaban dos veces seguidas: "Don Julio-don Julio" (nunca supe por qué, si fue idea de Totó Romero o de Luis Alberto Ganderats; si así lo bautizó

Hervi, o Marcos Vergara, o fue Santiago del Campo o Donato Torrecchio o Marcela Otero, todos terminamos llamándolo igual), me fui quedando en la revista, soportando esas semanas intermedias en que mis colaboraciones no aparecían porque estaban "bajo revisión", comprendiendo a regañadientes que eso era escribir, o al menos aspirar a hacerlo. Nunca fue fácil conseguir su "visto bueno", pero tengo que reconocer que esos párrafos trabajados como talla de madera era lo que hacía falta, lo preciso y necesario, lo que queda en la memoria, allí donde se pierden muchas improvisaciones supuestamente geniales.

Yo estaba en España cuando escuché que usted volvió a lograrlo; repitió su hazaña, don Julio-don Julio, otra revista irreplicable (aunque la copiarán sin tregua) en Venezuela, en Caracas (¿fue su 5ª revista, su 6ª, cuántas fueron?) y desde Madrid pensó como sería corregir cuartillas con 350 a la sombra, y si usted seguiría usando sus chales, debajo de los cocoteros...

¿Cuántos periodistas hoy, en los confines del planeta, chignos empeñados, estarán pensando lo mismo, acordándose de usted? Uno de sus alumnos, Luis Hernández Parker, siempre reconoció la falta que le hicieron sus correcciones, después de separarse. ¿Cuántos habrá que, aunque no lo tengan delante, no pueden entregar sus originales sin haberlos corregido cabalmente, sólo en memoria suya? Gente como Ud. no se marcha, pues su ejemplo es compañía durable. Usted permanece ahí, tácitamente, como estaba en las revistas que creó aunque no firmara sus páginas, pues dedicaba su tiempo a ejercitar el lápiz rojo, la tijera y el pegamento en beneficio de nuestros escritos, enseñándonos que hay muchas maneras de contar algo y que es necesario probarlas todas, pues no salen a la primera.

Y hasta aquí llegaríamos, don Julio-don Julio, hasta que estemos encontrándonos: porque una carta demasiado larga eso sí que sería imperdonable, ¿no es cierto?

X Carlos Alberto Cornejo

Junio - Septiembre

Pluma y Pínel 7

que 15 junio - 24.84

AUTORÍA

Cornejo, Carlos Alberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dn Julio Dn Julio [artículo] Carlos Alberto Cornejo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile